

á Dios para obedecer á los hombres ¹. Con esta amenaza dejaron libres por entonces á los dos Apóstoles, que luego volvieron á dar cuenta á la Reina santísima de lo que les habia pasado, aunque ella lo sabia todo, porque en vision lo habia conocido. Luego se pusieron en altísima oracion, y estando en ella sobrevino otra vez el Espíritu Santo sobre todos con señales visibles.

143. En pocos dias sucedió el milagroso castigo de Ananías ² y su mujer Safira, que tentados de la codicia pretendieron engañar á san Pedro, llevándole parte del precio en que habian vendido una heredad, y ocultando otra parte, y mintiendo al Apóstol. Poco antes Bernabé, que tambien se llamaba Josef, levita y natural de Chipre, habia vendido otra heredad y llevado todo el precio á los Apóstoles ³. Y para que se conociera que todos debian obrar con esta verdad, fueron castigados Ananías y Safira, quedando muertos el uno tras del otro á los piés de san Pedro. Con este milagro tan espantoso se atemorizaron todos en Jerusalem, y los Apóstoles predicaban con mayor libertad. Pero los magistrados y saduceos se indignaron contra ellos, y los prendieron y llevaron á la cárcel pública ⁴, donde estuvieron poco tiempo, porque la gran Reina los libró de ella, como diré luego.

144. No quiero dejar en silencio el secreto que intervino en la caída de Ananías y Safira su mujer. Sucedió que cuando la gran Señora del cielo conoció que Lucifer y sus demonios provocaban á los sacerdotes y magistrados para que impidiesen la predicacion de los Apóstoles, y que por estas sugerencias habian llamado á juicio á san Pedro y á san Juan despues del milagro del paralítico, y les mandaron no predicasen en el nombre de Jesús; considerando la piadosa Madre el impedimento que resultaba á la conversion de las almas si esta malicia no se atajaba, se convirtió de nuevo contra el dragon, como al Señor lo habia ofrecido, y tomando la causa por suya con mayor valor que Judith la de Israel, habló con este cruel tirano, y le dijo: *Enemigo del Altísimo, ¿cómo te atreves, y te puedes levantar contra sus criaturas, cuando en virtud de la pasion y muerte de mi Hijo y verdadero Dios has quedado vencido, oprimido y despojado de tu tirano imperio? ¿Qué puedes tú, ó basilisco venenoso, atado y encarcelado en las penas infernales por toda la eternidad del Altísimo? ¿No sabes que estás sujeto á su poder infinito, y no puedes resistir á su voluntad invencible? Pues él te manda, y yo en su nom-*

¹ Act. iv, 19. — ² Ibid. v, 5. — ³ Ibid. iv, 37.

⁴ Ibid. v, 18.

bre y potestad te mando, que luego descieras con los tuyos al profundo de donde saliste á perseguir los hijos de la Iglesia.

145. No pudo resistir el dragon infernal á este imperio de la poderosa Reina; porque su Hijo santísimo para mayor terror de los demonios dió permiso que todos le conocieran sacramentado en el pecho de la invencible Madre, como en trono de su omnipotencia y majestad. Esto mismo sucedió en otras ocasiones en que María santísima confundia á Lucifer, de que diré algo adelante ¹. Y en esta que digo se arrojó á los profundos con todas sus legiones que le acompañaban, y todos cayeron por entonces arruinados y oprimidos de la virtud divina que sentian en aquella mujer singular. Estuvieron algun tiempo los demonios en el profundo aterrados y dando espantos aullidos, enfureciéndose consigo mismos por su desdichada suerte en que no podian dejar de ser; y porque desesperaban de vencer á la poderosa Reina y á todos los que ella recibiese debajo de su amparo. Con este furioso despecho habló Lucifer á sus demonios, y confiriéndolo con ellos les dijo: ¡Qué desdicha es esta en que me veo! Decidme ¿qué haré contra esta mi enemiga, que así me atormenta y me arroja? Sola ella me hace mayor guerra que todo el resto de las criaturas juntas. ¿Si la dejaré sin perseguirla, porque no acabe de destruirme? Siempre salgo vencido de sus batallas, y ella vitoriosa. Reconozco que siempre disminuye mis fuerzas, y poco á poco acabará de aniquilarlas, y nada podré hacer contra los seguidores de su Hijo. Pero ¿cómo he de sufrir tan injusto agravio? ¿Á dónde está mi altivo poder? ¿Hele de sujetar á una mujer de condicion y naturaleza tan inferior y vil en mi comparacion? Mas no me atrevo ahora á pelear con ella. Procuremos derribar alguno de sus hijos que sigue su doctrina, y con esto se aliviará mi confusion y quedaré satisfecho.

146. Dió permiso el Señor para que el dragon y los suyos volvieran á tentar á los fieles y ejercitarlos. Y llegando á reconocer el estado que tenian, y la grandeza de sus virtudes con que estaban guarnecidos, no hallaban entrada ni podian reducir algunos á las insanas y falsas ilusiones que les ofrecian. Mas reconociendo los naturales y inclinaciones de todos, por donde (¡ay dolor!) nos hacen cruda guerra siempre, hallaron que Ananías y Safira su mujer eran mas inclinados al dinero, y siempre lo habian buscado con alguna avaricia. Por este costado en que los conoció el demonio mas flacos, les hizo la herida, arrojándoles á la imaginacion reservasen alguna

¹ Infr. n. 490.

parte del precio en que vendian una heredad para darlo á los Apóstoles, de quien habian recibido la fe y el Bautismo. Dejaronse vencer de este vil engaño, porque era conforme á su baja inclinacion, pretendiendo engañar á san Pedro. Tuvo el santo Apóstol revelacion del pecado de los dos, y castigólos con la repentina muerte que tuvieron á sus piés, primero Ananías, y despues Safira, que sin saber el suceso de su marido vino despues de poco rato, y mintiendo como él, espiró tambien en presencia de los Apóstoles.

147. Desde el primer intento de Lucifer, tuvo noticia nuestra Reina de lo que iba tramando, y como Ananías y Safira admitian sus dañadas sujestiones; y llena de compasion y dolor la piadosa Madre, se postró en la divina presencia, y con íntimo clamor dijo: *¡Ay de mí, Hijo y Señor mio! ¿cómo este dragon sangriento hace presa en estas simples ovejas de vuestro rebaño? ¿Cómo, Dios mio, sufrirá mi corazon ver que toque el contagio de la codicia y mentira en las almas que han costado vida y sangre vuestra? Si este cruelísimo enemigo se entrega en ellas sin escarmiento, correrá el daño con el ejemplo del pecado y la flaqueza de los hombres; y unos seguirán á otros en la caída. Yo, Bien mio, perderé la vida en esta pena, por haber conocido lo que pesa el pecado en vuestra justicia; y mas el de los hijos que el de los extraños. Remediad, pues, amado mio, este daño como me le habeis dado á conocer.* Respondióla el Señor: *Madre mia y escogida, no se astija vuestro corazon donde Yo vivo, que Yo sacaré para mi Iglesia muchos bienes de este mal, que para este fin ha permitido mi providencia. Con el castigo que haré de estas culpas dejaré avisados á los demás fieles, para que teman con el ejemplo que queda en la Iglesia; y en lo futuro se guarden del engaño y de la codicia del dinero, pues amenaza el mismo castigo, ó mi indignacion, á quien cometiére el mismo pecado: porque mi justicia siempre es una misma contra los rebeldes á mi voluntad, como lo enseña mi ley santa.*

148. Con esta respuesta del Señor se consoló María santísima, aunque se compadeció mucho del castigo que tomó la divina venganza de aquellos dos engañados, Ananías y Safira. En el ínterin que todo esto sucedia, hizo altísimas oraciones por los demás fieles para que no fuesen engañados del demonio; y de nuevo se volvió contra él, le aterró y arrojó, para que no irritase á los judíos contra los Apóstoles. Y en virtud de esta fuerza con que los detenía, gozaban de tanta paz y tranquilidad los hijos de la primitiva Iglesia. Y siempre se hubiera continuado aquella felicidad y amparo de su gran Reina y Señora, si no le hubieran despreciado los hombres, entre-

gándose á los mismos engaños, y á otros peores, como lo hicieron Ananías y Safira. ¡Oh si temiesen los fieles aquel ejemplo, y imitasen el de los Apóstoles! Sucedió que de la prision donde arriba dije ¹ que los metieron, invocaron el favor divino y el de su Reina y Madre verdadera; y cuando su alteza conoció por la divina luz que estaban presos, postrada en cruz ante el acatamiento divino hizo por ellos esta oracion:

149. *Altísimo Señor mio, Criador del universo, de todo mi corazon me sujeto á vuestra divina voluntad, y reconozco, Dios mio, que así conviene, como vuestra sabiduría infinita lo dispone y ordena, que los discípulos sigan á su maestro, que sois Vos, verdadera luz y guía de vuestros escogidos: así lo confieso, Hijo mio; porque venisteis al mundo en forma y hábito de humildad, para acreditarla, y destruir la soberbia; para enseñar el camino de la cruz por la paciencia en los trabajos y deshonras de los hombres. Conozco tambien que han de seguir esta doctrina y establecerla en la Iglesia vuestros Apóstoles y discípulos. Mas si es posible, Bien mio de mi alma, que por ahora tengan libertad y vida para fundar vuestra Iglesia santa, y predicar al mundo vuestro soberano nombre, y reducirle á la verdadera fe; suplicoos, Señor mio, me deis licencia para que yo favorezca á vuestro vicario Pedro, á mi hijo y vuestro amado Juan, y á todos los que por astucia de Lucifer están en prisiones. No se glorie este enemigo de que ha triunfado ahora contra vuestros siervos, ni levante su cabeza contra los demás hijos de la Iglesia. Quebrantad, Señor mio, su soberbia, y sea confuso en vuestra presencia.*

150. Á esta peticion la respondió el Altísimo: *Esposa mia, hágase lo que tú quieres, que esto es mi voluntad. Envía á tus Ángeles para que destruyan las obras de Lucifer, que contigo está mi fortaleza.* Con este beneplácito la gran Reina de los Ángeles despachó luego á uno de los de su guarda, que era de jerarquía muy superior, para que fuese á la cárcel donde estaban presos los Apóstoles, y les quitase las prisiones y sacase libres de la cárcel. Este fue el Ángel que refiere san Lucas en el capítulo v de los Hechos apostólicos ², que de noche libró de la prision á los Apóstoles, como María santísima se lo ordenó; aunque el secreto de este milagro no lo declaró el evangelista san Lucas. Mas los Apóstoles le vieron lleno de resplandores y hermosura, y les dijo como era enviado por su Reina para rescatarlos de la prision, como lo hizo, y les mandó fuesen á predicar, como tambien sucedió. Tras de este Ángel despachó otros, para que

¹ Supr. n. 143. — ² Act. v, 19.

fuesen á los magistrados y sacerdotes, y apartasen de ellos á Lucifer y á sus demonios, que los turbaban y irritaban contra los Apóstoles, y para que les diesen inspiraciones santas, para que no se atreviesen á ofenderlos ni impedirles la predicacion. Obedecieron tambien estos divinos espíritus; y cumplieron tan bien con esta legacia, que de ella resultó lo que el mismo san Lucas dice en el capítulo citado de la plática que hizo en el consistorio aquel venerable doctor de la ley llamado Gamaliel ¹. Porque hallándose confusos los demás jueces sobre lo que harian de los Apóstoles, á quienes habian puesto en la cárcel, y estaban ya libres y predicando en el templo, sin saber por quién, ó dónde habian sido librados de la cárcel; entonces Gamaliel les dió por consejo á los sacerdotes no se embarazasen con aquellos hombres, sino que los dejasen predicar; porque si aquella era obra de Dios no la podrian impedir, y, si no lo era, ella se desvanecería luego, como en aquellos años habia sucedido á otros dos falsos profetas que en Jerusalem y Palestina habian inventado nuevas sectas: el uno se llamaba Teodas, y el otro Judas Galileo, y entrambos perecieron con todos los de su séquito.

151. Este consejo de Gamaliel fue por inspiracion de los santos Angeles de nuestra gran Reina, y tambien que los otros jueces le admitiesen; aunque mandaron á los Apóstoles no predicasen mas á Jesús Nazareno, porque á esto les movia su propia reputacion y interés. Pero con algun castigo que dieron á los Apóstoles, los despidieron, porque los habian prendido otra vez, cuando desde la cárcel salieron á predicar por orden del Ángel que les dió libertad. De todos sus ejercicios y trabajos volvian luego los Apóstoles á dar cuenta á Maria santísima como á su Madre y Maestra; y la prudentísima Reina los recibia con maternal afecto y alegría de verlos tan constantes en el padecer, y tan celosos de la salud de las almas. *Ahora* (les decia) *me pareceis, señores míos, verdaderos imitadores y discípulos de vuestro Maestro, cuando por su nombre padeceis afrentas y contumelias, y con alegre corazon le ayudais á llevar la cruz; cuando sois dignos ministros y cooperadores para que se logre el fruto de su sangre en los hombres, por cuya salud la derramó. Su diestra poderosa os bendiga y comunique su virtud divina.* Esto les decia puesta de rodillas y besándoles la mano, y luego los servia, como arriba se dijo ².

¹ Act. v, 34. — ² Supr. n. 92.

Doctrina que me dió la gran reina de los Angeles Maria santísima.

152. Hija mia, de lo que has entendido y escrito en este capítulo tienes importantes y muchas advertencias para tu salvacion y de todos los fieles hijos de la santa Iglesia. En primer lugar se debe ponderar la solitud y desvelo con que yo cuidaba de la salud eterna de todos los creyentes, sin omitir ni olvidar la menor de sus necesidades y peligros. Enseñábales la verdad, oraba incesantemente, animábales en los trabajos, obligaba al Altísimo para que los asistiese; y sobre todo esto los defendía de los demonios, y de sus engaños y furiosa indignacion. Todos estos beneficios les hago ahora desde el cielo; y si no todos los experimentan, no es porque de mi parte no lo solicito, sino porque son muy contados los fieles que me llaman de todo corazon, y los que se disponen para merecer y lograr el fruto de mi maternal amor. Á todos defendiera del dragon, si todos me invocasen, y temiesen los engaños tan perniciosos con que los enreda y enlaza para su eterna condenacion. Para que despierten los mortales de este formidable peligro, les doy ahora este recuerdo nuevo. Te aseguro, hija mia, que todos los que se condenan despues de la muerte de mi Hijo santísimo, y de los favores y beneficios que por mi intercesion hace al mundo, tienen mayores tormentos en el infierno, sobre los que se perdieron antes que viniera al mundo, y yo estuviera en él. Así los que desde ahora entendieren estos misterios, y los despreciaren para su perdicion, serán reos de mayores y nuevas penas.

153. Deben asimismo advertir la estimacion en que han de tener sus propias almas, pues tanto hice yo y hago cada dia por ellas, despues de haberlas redimido mi Hijo santísimo con su pasion y muerte. Este olvido en los hombres es muy reprehensible y digno de tremendo castigo. ¿En qué razon ó en qué juicio cabe, que por un momentáneo gusto de los sentidos, que al mas largo plazo se acaba con la vida, y otras veces en un brevísimo tiempo, trabaje tanto un hombre que tiene fe? ¿Y de su alma, que es eterna, no haga mas caso ni aprecio, y la olvide tanto, como si con las cosas visibles se acabara y consumiera? No advierten que cuando todo perece, entonces comienza la alma á padecer ó gozar lo que será eterno y sin fin. Conociendo tú esta verdad y la perversidad de los mortales, no te admires de que el dragon infernal sea hoy tan poderoso contra los hombres; porque donde hay continua batalla, el que sale victorioso

cobra las fuerzas que perdió el vencido. Esto se verifica mas en la cruel y continua lucha con los demonios, que si le vencen las almas, quedan ellas fuertes, y él queda debilitado; como sucedió cuando lo venció mi Hijo, y yo despues. Mas si esta serpiente se reconoce vitoriosa contra los hombres, entonces levanta la cabeza de su soberbia, y convalece de su flaqueza cobrando nuevos brios y mayor imperio, como le tiene hoy en el mundo; porque los amadores de su vanidad se le han sujetado, siguiéndola debajo de su bandera y falsas fabulaciones. Con este daño ha dilatado el infierno su boca, y cuanto mas engulle y traga, es mas insaciable su hambre, anhelando á sepultar en las cavernas infernales todo el resto de los hombres.

154. Teme, ó carísima, teme este peligro como lo conoces, y vive en continuo desvelo para no abrir puerta en tu corazon á los engaños de esta cruentísima bestia. El escarmiento tienes en Ananías y Safira, que por haberles conocido la inclinacion y codicia del dinero, entró el demonio en sus almas, y los asalteó por aquel portillo. No quiero que tú apetezcas cosa alguna de la vida mortal; y de tal manera quiero que reprimas y extingas en tí todas las pasiones y inclinaciones de la flaca naturaleza, que ni los mismos espíritus malignos puedan rastrear en tí con todo su desvelo algun movimiento desordenado de soberbia, codicia, vanidad, ira, ni otra pasion alguna. Esta es la ciencia de los Santos, y sin la que nadie vive seguro en carne mortal; por cuya ignorancia perecen innumerables almas. Apréndela tú con diligencia, y enséñala á tus religiosas, para que cada una sea vigilante centinela de sí misma. Con esto vivirán en paz y caridad verdadera, y no fingida, y cada una y todas juntas, unidas en la quietud y tranquilidad del divino Espiritu, y guardadas con el ejercicio de todas las virtudes, serán un castillo incontrastable para los enemigos. Acuérdate, y tráeles á la memoria á las religiosas el castigo de Ananías y Safira, exhortalas á que sean muy observantes de su Regla y Constituciones, que con esto merecerán mi proteccion y especialísimo amparo.

CAPÍTULO X.

Los favores que María santísima por medios de sus Ángeles hacia á los Apóstoles, la salvacion que alcanzó á una mujer en la hora de la muerte, y otros sucesos de algunos que se condenaron.

Crecia la solicitud de María al paso que se aumentaba la Iglesia. — Cuidaba de los Apóstoles con especial vigilancia. — No se pasó día ni hora en que no obrase con los fieles alguna ó muchas maravillas. — Oficios que hacia María con los Apóstoles. — Hacian en este tiempo los Apóstoles algunas salidas de Jerusalem. — Persecuciones que armaba el demonio contra los Apóstoles en estas salidas. — Parecíale los podia embestir con mayor confianza en ausencia de la Madre de Dios. — Socorros que les enviaba la Virgen por sus santos Ángeles. — Forma en que los Ángeles de María les socorrian y alentaban. — La mas frecuente era en cuerpos visibles y refulgentes. — Socorros con que favorecia á todos los demás fieles. — Curaba milagrosamente á muchos. — Servia por su persona, y regalaba á los que no convenia curar. — Ningun obsequio negaba á sus hijos los fieles. — Favorecia ocultamente á los ausentes por sus Ángeles. — Ayudaba á los que estaban á la hora de la muerte. — Satisfacia por los que iban al purgatorio, y luego enviaba un Ángel que los sacase dél. — Caso maravilloso de una mujer á quien libró la Madre de Dios del demonio en la hora de la muerte. — Principio de su caída. — Medio por donde el demonio la apartó del camino de su remedio. — Era devota de la Madre de Dios. — Procuró el demonio que la aborreciese. — Auxilios que la dió el Señor por medio de un discípulo. — Dureza de la mujer engañada. — Amonestóla san Juan y se resistió con pertinacia. — Lamento y oracion que hizo María por ella, conociendo su infeliz estado y peligro. — No respondió el Señor á esta oracion de su Madre, y por qué. — Perseverancia de la caridad de María. — Envió un Ángel que defendiese á la enferma de los demonios, y la exhortase con santas inspiraciones. — Respuesta del Ángel no habiendo podido reducirla, en que se ve el formidable estado á que puede venir una alma por su culpa. — Oracion que hizo de nuevo por ella la Madre de Dios. — No la respondió el Señor para que se mostrase mas su caridad. — Determinó ir en persona á remediarla. — Lleváronla los Ángeles por mandado del Señor. — Huyeron á su presencia los demonios, y con su imperio los arrojó al profundo. — Piedad benignísima con que comenzó á reducir á la engañada enferma. — Declaróla el engaño del demonio. — Palabras con que la convirtió. — Penitencia de la enferma. — Como la dispuso María para morir, haciéndola recibir los Sacramentos. — Dichosa muerte de la mujer convertida en manos de la Madre de Dios. — Fueron tantos los auxilios que la alcanzó María, que salió su alma libre de culpa y de pena. — Gracias que dió María al Señor por la salvacion de esta alma. — Fin á que ordenó el Señor este suceso. — Cuánto aprovecha á las almas el amor y devocion á la Madre de Dios. — Suceso ejemplar de dos de los convertidos que se condenaron. — Medio por donde el demonio hace sus presas en los fieles. — El deseo ambicioso de la gracia de los principes fue el precipio de la caída de estos dos condenados. — Forma con que el demonio los perdió por medio de esta in-